

Sandoval el masón, o las memorias masónicas de un español refugiado en Inglaterra durante la ominosa década

MANUEL MORENO ALONSO

Universidad de Sevilla

Con el fracaso de la revolución liberal y la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis, la mayor parte de las figuras destacadas del Trienio constitucional —liberales o masones— buscaron refugio en el extranjero. Más de mil familias se establecieron en Inglaterra, que se convirtió en el centro más destacado de la emigración política española¹. De estos liberales —los más destacados— eran reconocidos masones, desde Argüelles y Alcalá Galiano hasta Flórez Estrada, Calatrava, Istúriz, Romero Alpuente, Vadillo o Cayetano Valdés, aunque de sus actividades masónicas en Inglaterra existan pocos datos². Conocemos bien por el contrario sus frecuentes disputas entre ellos mismos que les llevaba a posturas totalmente enfrentadas e irreconciliables sin posibilidad de entendimiento, y bajo las cuales se adivinan actitudes personales contrarias en función de su pertenencia con anterioridad a asociaciones masónicas diferentes³. En el exilio londinense, el «fanatismo de secta que nos poseía», del que hablaba Alcalá Galiano⁴, no dejó de existir, antes al contrario

1. Desde hace diez años trabajo sobre la oposición política al absolutismo fernandino por parte de estos hombres que encontraron refugio en Inglaterra, y en lo que queda mucho por decir más allá de lo conocido en la obra más literaria que histórica de Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, 2.^a ed. 1968.

2. De este aspecto me he ocupado en mi estudio *Masonería y currículum liberal. El «cursus honorum» del fundador del Grande Oriente Nacional de España*. En *La masonería en la España del siglo XIX*, II Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española (Salamanca, 1985), Valladolid, 1987, II, 743-757.

3. Cfr. mi libro *La Generación española de 1808*. Madrid, Alianza Universidad, 1989.

4. *Memorias*, en *Obras escogidas* de BAE, Madrid, 1955, t. LXXXIII, p. 450.

aumentó en un ambiente cada vez más enrarecido como fue el de los españoles emigrados en Inglaterra durante los años de la llamada «Ominosa Década» (1823-1833)⁵.

En este ambiente, en 1826, apareció publicada una obra inusual con el título de *Sandoval or the Freemason*⁶, que en forma novelada venía a ser en buena parte la autobiografía de su autor. Este no era otro que Valentín Llanos Gutiérrez, un joven de ascendencia vallisoletana, nacido en 1795, que casó años después en Inglaterra con la hermana del gran poeta John Keats, de quien había sido amigo en Roma, asistiéndole en sus últimos momentos. Y años más tarde, en Madrid, llegó a ser secretario particular de Mendizábal y director de *El Liberal*⁷. Mucho más moderado que en 1826, diez años después, en las elecciones de julio de 1836, celebradas después de que Istúriz hubiese disuelto las Cortes, al dirigirse a los electores de Valladolid, resumía la posición mendizabalista al decir que rechazaba tanto la «excesiva moderación» como la «exaltación furiosa»⁸. No obstante lo cual, cuatro años después, en 1840, seguía siendo hombre de Mendizábal y, como progresista, formó parte de la Junta del Ayuntamiento de Madrid que se hizo cargo de las tareas de gobierno⁹.

Un año después de la aparición de *Sandoval or the Freemason*, Valentín de Llanos había publicado también anónimamente otra extensa obra, titulada *Don Esteban, or Memoirs of a Spaniard, written by himself*, que tuvo buena acogida¹⁰. Se trataba de una novela histórica autobiográfica que tenía como trasfondo la historia de España desde la Guerra de la Independencia, y en donde se mezclaban los episodios militares con el protagonismo del héroe. A pesar de su buena acogida la obra fue duramente criticada en una larga reseña por Blanco White, para quien aquellas *Memoirs* no se debían exclusivamente a la pluma de un único autor y menos de «un español» tal como decía el título. Considerándola más bien como una obra propia de un escritor inglés de tercera fila, Blanco —que igualmente publicaba su reseña sin su nombre como era usual en las publicaciones inglesas de la época— apasionadamente ponía en duda toda su pretensión de querer pasar por las «memorias de un

5. A través de la figura fundamental de José María Blanco White puede entrarse en el ambiente de la emigración. De la publicación de sus *Cartas de Inglaterra*, escritas precisamente durante el Trienio, me he responsabilizado para la edición de Alianza (n.º 1399), Madrid, 1989.

6. *Sandoval; or, The Freemason. A Spanish Tale by the Author of Don Esteban*. London, Colburn, 1826. En tres vols. (con 345, 421 y 450 pp.).

7. Cfr. los datos recogidos en la obra de Vicente Lloréns, 260 y ss.

8. *El Español*, 19 junio; 1 y 21 julio 1836.

9. Cfr. Peter JANKE, *Mendizábal y la instauración de la Monarquía constitucional en España (1790-1853)*, Madrid, 1974, p. 311.

10. Publicada por Colburn en tres vols., la obra fue traducida al alemán, apareciendo en Leipzig en 1827. En Inglaterra fue bien acogida por la «Westminster Review» y el «New Monthly Magazine».

11. *Quarterly Review*, núm. 65 (diciembre, 1825), pp. 205-217.

español»¹². En la crítica de Blanco hay una repulsa también de las «political circumstances of Spain», de que participaba la obra: el exceso de idealismo, el derroche de energías para nada o los errores del gobierno cometidos después de la promulgación de la Constitución de 1812. Como tal las observaciones críticas de Blanco, que llenó de indignación a los masones españoles en Inglaterra, dio lugar a una fuerte polémica. Primero Canga Argüelles¹³ y, después, Mendibil¹⁴ replicaron a la crítica de la *Quarterly Review*. A su modo de ver se trataba de «acusaciones avinagradas» que de tiempo en tiempo salían de las plumas de «algunos periodistas acreditados». Y, de cualquier forma, al año siguiente, y «por el mismo autor de Don Esteban» aparecía *Sandoval or the Freemason, a Spanish Tale by the Author of don Esteban*.

PROLOGO A UN LIBRO DE MEMORIAS

En el prólogo a *Sandoval* el autor confesaba que, animado por el favor con que había sido acogida su obra anterior *Don Esteban*, se aventuraba por segunda vez a aparecer ante el público. E insistía en la diligencia con que había trabajado en ella, teniendo en cuenta las dificultades, y muy especialmente la tarea de escribir en una lengua extranjera en la que no tenía la suficiente práctica para exhibir la corrección del estilo, *elegant turn of expresion and strictness of colloquial idiom*. Y en nota aparte se refería a cómo «algunos» de los críticos, en la obra anterior, «le hicieron el honor de no creer su disculpa», tratándola como *uncandid*, bajo la impresión de que era una traducción de mano inglesa o escrita originalmente en inglés por algún nativo. El autor aseguraba por consiguiente que lo mismo *Don Esteban* que la nueva obra las había escrito él mismo en inglés originalmente.

Un segundo «gran» obstáculo —señalaba también en el prólogo— derivaba de la obligación que desde el principio se impuso de no relatar más que hechos cuando éstos se referían a acontecimientos políticos, usando naturalmente de su discreción en el plano de esta historia. Y esto era, ante todo, lo que se había propuesto con su plan de presentar una más fidedigna pintura de las costumbres españolas, *manners and habits of Spain*. Lo cual —observaba— había aumentado considerablemente las dificultades que su inexperiencia de escritor de novela le presentaba. Pues se trataba, en una obra como aquélla, de novelar «un asunto no fácil sin infringir los principios establecidos en la forma de escribir novela, de resolver el problema de la objetividad». Pero también se presentaba el

12. Cfr. Manuel MORENO ALONSO, *La masonería española ante Blanco White*, en Actas del II Symposium de Historia de la Masonera, Córdoba 1987.

13. En «Ocios de Españoles Emigrados» (marzo, 1826), núm. 24, T. V., pp. 214-233.

14. En «Ocios de Españoles Emigrados» (abril, 1826), núm. 25, T. V., pp. 379-387.

problema en el orden cronológico, haciendo «a través de un período de seis años intensos, la historia de la *Asociación secreta* a la que el héroe de la historia pertenecía». Había que hacer, en este sentido, a «varios individuos actores públicos sobre la escena, dando los rasgos del escenario y de las costumbres provinciales y, entrelazado con el todo, las aventuras privadas de un individuo».

La solución de este gran problema la explicitaba el autor de *Sandoval* en los siguientes términos: en algunos momentos se había apartado de esas reglas mientras en otros había asumido «demasiado» el carácter de un historiador. Consideraba sin embargo (y Llanos se lisonjea de que el lector esté de acuerdo con él) que los *intereses* de las ocurrencias, que él había introducido, eran más que suficientes para justificar la transgresión aludida. Igualmente señalaba en el prólogo el carácter extraordinario de la historia, que a algunos lectores podría aparecer excepcional. Pero advertía que «la escena transcurre en España, donde el orden de las cosas, en esos tiempos de opresión, ha sido completamente dominado por la obstinada perversión del despotismo y sus consejeros inmorales».

En cuanto al monje protagonista de la novela, el autor aseguraba al lector que se trataba de una copia fiel tomada de ciertos *grandes* prelados que se encontraban «ahora» a la cabeza de la iglesia española. Y abundando en la tesis del ateísmo práctico del pueblo señalaba que «cualquiera en España que se tome la molestia de mirar las cosas con sus propios ojos ve que la generalidad de ellas son *downright atheist*». Y agregaba:

«—¡El cree en Dios! —dijo cierto obispo a un amigo del autor, aludiendo despectivamente a otro clérigo que pasaba por un hombre de talento e intriga —¡Qué gran cosa puede esperar uno de él!».

Según el autor de *Sandoval* —refiriéndose en el prólogo al alto clero de España— lo mismo que este prelado pensaban hombres como el P. Martínez, obispo de Málaga; o el Padre Cirilo, general de los Franciscanos; o Vélez, general de los capuchinos o «cualquiera de cuantos componían la jerarquía española, una pizca mejor que el mencionado eclesiástico que se burlaba de la piedad». Y agregaba el autor que él podía llenar todo un volumen en folio con anécdotas de las impiedades y blasfemias de esos hombres.

Por último, Llanos en el prólogo se ocupaba de las fuentes de que se había valido para escribir la vida de Sandoval el masón. Y particularmente señalaba la deuda que había tenido con varios amigos que habían sido por su parte actores en las escenas que describía; particularmente don Eusebio Polo, que era uno «de los más infatigables masones de España —indicaba—, y un tenaz abogado de sus derechos». También señalaba que en lo referente al «desgraciado» general Riego había sido su hermano el canónigo don Miguel del Riego, a la sazón en Inglaterra, quien le había suministrado datos e informes.

LA FORJA DE UN REBELDE

En su obra anterior, *Don Esteban or Memoirs of a Spaniard written by himself*, de la que en parte es continuación *Sandoval*, se traza con acierto no falto de habilidad las razones y circunstancias por las que, comenzando la historia de 1808, un joven (como tantos otros de su época, y muy particularmente buen número de liberales y masones) siguió una trayectoria inusual hasta entonces. En realidad —vista la novela desde nuestra perspectiva— se ensayaba a modo de ejemplo una biografía inventada pero sacada de la realidad y en la que podía verse reflejada con mayor o menor exactitud las peripecias de tantos hombres pertenecientes a la misma generación que vivieron los hechos narrados y sufrieron sus consecuencias. En este sentido, y a través de una novela de historia contemporánea (de cuyas dificultades también se hacía eco en el prefacio a la misma)¹⁵, Llanos se propuso y lo consiguió en buena parte reconstruir un modelo biográfico de rebelde con cuya causa se identificaron cuantos habían luchado por los mismos ideales y entonces, desde 1823, eran víctimas de la persecución y del exilio.

La historia daba comienzos a principios de septiembre cuando las vacaciones de verano de la universidad permitían al joven protagonista de la autobiografía retirarse a su pueblo, «pequeño», retirado de Valladolid dos leguas. En su memoria había quedado grabado para siempre —tal vez por tratarse del final de todo un período de su vida— de las incidencias sin importancia del viaje, de los decires del zagal andaluz que llevaba el cargo de las mulas y hasta el nombre de éstas («Coronela», «Capitana» y «Generala»). El joven que emprendía sus vacaciones estaba estudiando en el Colegio Mayor de Valladolid, donde otros jóvenes de procedencia plebeya no podían ser admitidos¹⁶. Pero él era noble por los cuatro vientos o costados¹⁷, aparte de miembro activo de la Sociedad de Amigos del País.

Pero la historia sería distinta a partir de 1808, «one of the most important epochs in the modern history of Spain», y, como a partir de entonces su vida se entrelazaba con los acontecimientos, él se permitía en sus memorias ocuparse de éstos: «...and as the subsequent events of my

15. En el *Preface* a *Don Esteban*, Llanos señalaba igualmente que en la «triste inactividad» del exilio había encontrado demasiados «inducements to ponder over his misfortunes and disappointments», presentando sin embargo «una fidedigna pintura de las maneras, hábitos y costumbres de sus paisanos».

16. *Don Esteban*, I, 42.

17. Uno de los motivos que explican la ira de don José María Blanco ante la aparición de *Don Esteban* y, luego, de *Sandoval* está en el hecho de que lo mismo en una que en otra hay aspectos —*manners and habits of Spain*— expuestos por él en sus *Letters from England*, cuya segunda edición estaba en la calle tras inusitado éxito en 1825. Este mismo episodio del «noble de cuatro costados» era uno de los tratados en sus *Cartas* (Vid. ed. española de *Cartas de España*, 3.ª ed. de Alianza, 1983, p. 56).

life are so much interwoven with it, I may be permitted to glance rapidly over the political aspects of Spain». Y mientras se extendía el *patriotismo* por doquier y al tiempo que se levantaban barricadas contra los franceses y la *plebe* cometía desmanes y asesinatos en algunos pueblos, él seguía el impulso de los acontecimientos tan irresistible como impredecible. Con la universidad cerrada toma clases de inglés en compañía de su hermano haciendo grandes progresos gracias a la asistencia de algunos colegiales ingleses que no pudieron abandonar los colegios de Valladolid¹⁸.

En Valladolid el joven vivió la llegada del invasor y después la del mismo Emperador¹⁹. Fue el tiempo ingrato y heroico de la ocupación y su resistencia a ella, a la que siguió también la de la inculpación de los colaboracionistas de los franceses. En este sentido el joven narra el episodio de la acusación contra una traidora, una afrancesada, de la que alguien empezó a decir a voces que había ayudado a los franceses a escapar²⁰.

Pero tras los años de la ocupación al joven, cada vez en situación de mayor rebeldía, le tocó vivir, como a todos los de su generación, los de terror y opresión del sexenio absoluto (1814-1820). Y en el tercer volumen de la obra se narran las peripecias del joven junto con las costumbres de los españoles y la depravada política de la Restauración: los boleros y danzas..., y las devociones de la Inquisición, su cámara de torturas, las crueldades del P. Martínez, la familia real, las tertulias y juegos de las casas de la nobleza así como algunos aspectos de la vida del Madrid de entonces (el toque de oraciones, las manolas, las corridas). En la autobiografía novelada los datos personales, los sentimientos mismos del protagonista, junto con sus diálogos y monólogos, quedaban soldados a la realidad histórica de la época, y todo ello con un estilo suelto y sencillo que sin duda hacía fácil y agradable la lectura de su vida.

LOS AÑOS DE LA GUERRA

Othello What is the news?

Cassio Something from Cyprus, as I may divine.
It is a business of some heat.

La personalidad de Sandoval el masón, el protagonista de la novela histórica de Llanos, se forja en la guerra de la Independencia, la llamada por los ingleses la *peninsular war*. Y, en este sentido, son interesantes las consideraciones previas con que da principio el primer capítulo de la obra. Según éstas en España, en la época anterior a la invasión napoleónica de 1808, la profesión de las armas formaba en el Estado una clase

18. *Don Esteban*, I, 197.

19. *Ibidem*, I, 219.

20. *Ibidem*, II, 160.

completamente distinta de las otras. De tal manera que era principalmente por conexiones familiares y por el favor de la Corte como un hombre podía obtener promoción. Así el ejército —se señalaba explícitamente— era patrimonio exclusivo de los hijos jóvenes de la gran o pequeña aristocracia y de los *ricos plebeyos* bajo los auspicios de ese «gran nivelador de condiciones» que era y es el dinero. Finalmente tampoco se dejaba de señalar el estado de escaso conocimiento poseído por dicha clase, que no era el propio para causar inquietud al gobierno.

Pero con anterioridad a 1808 ni «nociones revolucionarias» ni principios subversivos habían penetrado la mente de hombres demasiado ocupados en todo tipo de festejos desde corridas a romerías pasando por teatros, iglesias o, lo que también era frecuente, poniendo su último real a la suerte de la mesa de juego. A este «feliz estado de ignorancia e indiferencia con respecto a sus más importantes intereses y al de su tierra nativa, estaba reducida la clase militar de España —se agregaba— cuando Napoleón entró en la Península, con la intención (como él mismo expresó) de regenerar a los españoles».

La situación sin embargo cambió de forma radical. Y a partir de 1808 miles de individuos que «tenían mucho que perder en una *regeneración*» o se opusieron a sí mismos o enviaron a sus hijos a servir en las armas en proceso de organización por las Juntas. De esta forma comenzó a hundirse la barrera que, hasta entonces, separaba a los militares de las otras clases de la sociedad. Y no obstante la amalgama que se produjo durante la guerra, una amplia diferencia se produjo de forma destacada entre los veteranos u oficiales de la vieja escuela y los *hijos de la revolución*. Estos —se decía en el capítulo—, «muchos de los cuales pertenecían a profesiones liberales o habían dejado los colegios, universidades, eran más capaces de comprender y mantener relación con el progreso gradual de la información política y moral, que la prensa del país empezaba a manifestar, y consecuentemente menos imbuido con los exclusivos prejuicios militares de los veteranos mencionados».

Se trataba de unos hombres nuevos que, además, estaban más adaptados a las innovaciones del nuevo régimen, en unos momentos en que las diferencias de opinión empezaban a producir *warm discussions, high words and now and then a broken head*. Pero en este estado de agitación, durante los años de la guerra, muchos de los oficiales se fueron gradualmente convirtiendo a su influencia y por supuesto a las nuevas doctrinas. Así —se señalaba en la novela— nada era más común, incluso en acampadas sin confort y después de largas y penosas marchas que ver a los oficiales «discutiendo sobre los principios de la libertad, mientras otros, rodeados de camaradas, leían en voz alta los contenidos de un panfleto político o periódicos mandados por la sede de gobierno». Era evidente que con la guerra se había producido un «activo cambio de ideas que apartó a la mayoría de la inacción a la que habían estado consignados

durante siglos». Tal era —según se aseguraba en la novela— el fundamento principal de la mentalidad de aquellos oficiales, *todos* los cuales, según se añadía, eran favorables al establecimiento del sistema constitucional. Y tal era —se concluía— el estado del sentimiento general en las tropas a la vuelta del rey Fernando a España, en 1814, en cuya época empezaba la historia de *Sandoval*.

La trascendencia de 1814

En la novela, 1814 se considera como uno de los momentos más trascendentales en los anales del país. Entonces, terminada la guerra, el futuro ofrecía dos posibilidades: o el triunfo de la libertad o el despotismo; o el logro de la gloria o la desgracia. Significaba o la elección de la guerra civil o la esclavitud²¹. De aquí que la mente de los militares —se señalaba— fluctuase en una incertidumbre penosa entre la duda y la esperanza.

Tras este preámbulo la novela comienza cuando Sandoval, el protagonista de la misma, recibe a través de su padre una carta del Conde de Montijo, quien con otros muchos grandes hacía pocos días que había salido para Valencia con la intención manifiesta de cumplimentar al rey Fernando a su vuelta al trono de España. En la carta, que era *a compound of folly and villainy*, aconsejaba a Sandoval como amigo abandonar Madrid por un país extranjero pues todo se disponía entre el rey, el partido servil y algunas tropas perjuras a la cabeza de las cuales se encontraba Elío para terminar con *nuestro código*, «levantado por el sacrificio de nuestras fortunas y cementado por nuestra sangre»²².

Poco después de la batalla de Toulouse, el III Ejército mandado por el Príncipe de Anglona, estando acuartelado en Ortez había recibido órdenes para marchar hacia las fronteras. Mientras varias divisiones del ejército ocupaban Irún y las ciudades adyacentes el cuartel general se situaba en Ondres, un pequeño pueblo a pocos kilómetros de Bayona. Y en uno de esos deliciosos parajes de poca elevación con que los Pirineos se unen en cadenas de grandes bloques —tales son las descripciones del paisaje realizadas en la novela— hablaban un joven oficial español (Sandoval) y su criado, quien hablándosele todo insistía en la gran diferencia existente entre aquellas tierras y las de España a pesar de estar tan próximas. Se admiraba de cómo un estanque de agua junto a una casa no sólo proveía a ésta del cristalino líquido sino que servía para mantener patos y gansos y asimismo como de recreo y diversión para quienes gustaran de la pesca. Por el contrario, el criado se acordaba de cómo en su pueblo

21. *Sandoval or the Freemason*, I, 7.

22. *Ibidem*, I, 38.

había una casa, justo la del hidalgo, en donde había un estanque de agua, pero ¡qué diferencia! ...estaba medio abandonado y sucio, con un agua tan negra como la tinta que hacía que el ganado no pudiera ni beber. Y concluía que los gabachos se sabían organizar mejor.

Mientras tanto Sandoval, en silencio, y con una expresión de «dulce melancolía» escuchaba lo que le decía su criado Roque. Todavía estaba preso del dolor que le había producido una carta de su amada doña Gabriela Lanza (fecha en Logroño en 28 de abril de 1814) en la que le hablaba de su preocupación por lo que pensaba de él su madre de ella influenciada por el malvado fraile Padre Lobo. Y que no podía ser más —le decía doña Gabriela— que a cuenta de sus «principios liberales, a que él, como todos sus colegas se opone furiosamente». Mientras tanto el malvado había introducido en casa de doña Gabriela un sobrino suyo, cuyo deforme y feroz semblante, al mismo tiempo que sus ineducadas maneras, le hacían estremecerse acusando la bajeza de su extracción.

Planteado el fondo argumental de la novela con estas pinceladas no es difícil imaginar el desenlace sentimental de la misma que transcurre entre las asechanzas malévolas del fraile y su sobrino por una parte y los sentimientos buenos y nobles de Sandoval a quien su amada llama Calixto. Como contraste con las asechanzas de tío y sobrino, la novela describe la ternura de Sandoval por Gabriela, la pureza y fervor de su afecto y naturalmente el orgullo ofendido por parte de aquél ante la injusta conducta de la madre de la amada al condenarle sin oírle por sus principios liberales.

En este estado de cosas —en la que está presente naturalmente la indignación del bueno de Calixto contra el monje que ha interceptado tanto las cartas de Gabriela como las suyas— llegan las noticias de la traición de Elío y, a través de algunas hojas, el decreto del 4 de mayo. Y el mismo día, también sin duda por alguna bien concertada combinación de la *facción servil*, un oficial recibió una carta desde Puente la Reina, en Navarra, donde el ejército de reserva mandado por el traidor Abisbal tenía su cuartel general, en la que adjuntaba la proclama publicada por el general exhortando a sus tropas abiertamente a declararse a favor del rey absoluto.

Tras la descripción de la escena en la tropa al llegar la noticia, la novela narra con detalle la entrevista del capitán Sandoval con el general constitucionalista Cienfuegos. Cuando el capitán llega al cuartel general, Cienfuegos estaba vociferando, irritado ante el decreto del 4 de mayo, y diciendo, en clara alusión al rey Fernando, que «*only a rascally Frenchman, like him, curse him and all his race! would have played us such a trick*»²³.

23. *Ibidem* I, 73.

Por su parte el Príncipe de Anglona, hermano del duque de Osuna y, según la novela noble muy superior a los de su clase por su cultura y principios políticos, se mostraba partidario de las nuevas instituciones. Y rodeado de oficiales entre los que estaban Ferraz, Merconchini, don Santiago Vigo, Manzanares, Infante y varios otros del valiente general conocido por el nombre de los «Barbudos de Ballesteros» quemaban la proclama de Abisbal y varias copias del decreto del 4 de mayo recibido en el correo de esa misma mañana²⁴.

La reacción y contrariedad manifestada por el decreto en el ejército era, según la novela, evidente. Los encuentros entre los oficiales del *partido liberal* se hicieron más frecuentes que nunca y, aunque con posterioridad su número comenzó a disminuir cada día, quienes lo eran de verdad parecían ganar nuevo vigor²⁵. En esta situación se producía la disolución del ejército y la vuelta a casa después de tantos años de ausencia y de tantas penalidades. Uno de los que, como tantos otros, emprendió el regreso fue Sandoval, que salió para Logroño, su ciudad de nacimiento, pero muchas eran las novedades que le aguardaban.

La primera y más sorprendente fue la de encontrar confiscada su casa porque su padre don Fabricio Sandoval estaba acusado de traidor. «—¿Un traidor? ¿qué quiere usted decir por traidor?» —preguntó el hijo. A lo que el cabo de la guardia replicó: «— ¡yo quiero decir uno que no es un servil!». Las fincas habían pasado a su nuevo comprador, don Aniceto Artimaña, un nombre que (como el del mismo P. Lobo) refleja muy bien el carácter del personaje en la novela.

La otra sorpresa de Sandoval fue cuando se dirigió a casa de Gabriela. En la novela, con anterioridad a este momento, se explica al lector inglés en una nota aparte que «como pudiera parecer extraño a aquél por qué Gabriela debería ser o liberal o servil explicamos *que las mujeres españolas han tomado siempre parte muy activa en discusiones políticas y en disputas guerreras desde tiempo inmemorial. Sus mentes activas y su fina sensibilidad no les permiten permanecer pasivas espectadoras de las querellas de sus habitantes. Amor, odio o prejuicio tienen una parte en sus decisiones*»²⁶. Pero en la casa Sandoval tuvo que confesar sus principios, manifestando que éstos eran los mismos que tenía cuando viniera a la edad de la razón al igual que su religión. A lo que el P. Lobo, que se encontraba en la casa de Gabriela, replicó que «era imposible para un joven vivir en un país herético y no ser teñido de ideas heréticas».

24. *Ibidem* I, 82.

25. *Ibidem* I, 106

26. *Ibidem* I, 88.

EL ESPIRITU PATRIOTICO DE LAS ASOCIACIONES MASONICAS

Ante este clima de hostilidad y cerrazón Sandoval quedó admirado, por el contrario, del que le ofrecía la sociedad masónica. «Nuestra moralidad difiere tan ampliamente de la suya como nuestro credo político», le dijo a su amigo Anselmo en cuya busca fue Sandoval²⁷. Así éste encontróse satisfecho plenamente de llegar a ser *associate of such patriotic spirits*. «Hasta esta época —dirá Sandoval en su novela autobiográfica— nada había sido aún hecho por los patriotas para establecer un sistema regular de comunicación por medio de sociedades secretas. *Scattered about the country, maked and discouraged by the destructive proceeding of their adversaries, a few of them, at most, assembled in private house and secret places, to communicate to each other the news they received from their disperses friends*»²⁸.

Las logias masónicas (*The freemason's lodges*) que, según el mismo testimonio de Sandoval llegaron a ser después los lazos de unión con el *partido liberal*, eran en el momento aquí aludido, según aquél, unas pocas en número tan sólo aunque *very contracted in their object*. De acuerdo con su propio testimonio, la masonería en España, en la época inmediatamente anterior a la invasión napoleónica, se reducía sólo a unos pocos individuos que habían sido aceptados como masones en logias extranjeras. Pero, durante la guerra, las relaciones de los españoles lo mismo con masones franceses que ingleses hicieron aumentar el número aunque «no en la proporción que podía haberse esperado», según Sandoval.

El primer intento de formar un *Gran Oriente Español* —dirá Llanos en su novela, haciendo un resumen de la historia de la masonería— fue hecho por los españoles que se unieron al partido de José Bonaparte. Y su número aumentó en la medida que crecieron los partidarios de aquél; pero con la particularidad de que su objeto de hacer nuevos prosélitos era ante todo con la idea de dar principalmente fuerza a su facción y obtener mutua asistencia de unos y otros en sus dificultades personales o públicas o en las que se pudieran encontrar.

Ahora bien —señalará también el autor de la novela— hacia el mismo tiempo, y poco después de la promulgación de la Constitución, aquellos liberales que estaban en Cádiz, y que pertenecían a esas mismas sociedades, formaron también un tipo de logia cuyo objeto inmediato era el de prevenir que los serviles pudieran obtener una preponderancia en la administración. Sin embargo —dirá igualmente el autor— ni *esos* masones ni los que, pertenecientes al mismo partido, estaban repartidos por el país en los diferentes ejércitos, «tenían entre ellos ningún tipo de unión o determinados objetos políticos». Y este hecho era bien conocido por la

27. *Ibidem* I, 248.

28. *Ibidem* I, 249.

facción servil que, a la vuelta del rey en 1814, no podía olvidar que precisamente se había debido a los esfuerzos de los masones el que, durante el tiempo que ellos estuvieron en Cádiz, habían obtenido la preponderancia en el gobierno en perjuicio de ellos. De donde, con la restauración del rey absoluto, sus partidarios los serviles obtuvieron de él, con el apoyo del Gran Inquisidor y las bendiciones del Papa, un decreto en contra de los masones. Decreto, por otra parte, que fue seguido de numerosos arrestos en la península, siendo abundante el número de desgraciados que cayeron en manos de los inquisidores «*whose embrace we can compare only to the loving coil of the boa constrictor or the more rapturous clasp of the African tyger*»²⁹.

Comenzaba una nueva época de persecución en la que todo quedaba a merced de los falsos informadores y de los espías. «*The office of a spy is now become a mercantile, and, among our oppressors, an honourable profession. We cannot make a step without stumbling upon one. We are afraid of speaking aloud, lest the very walls or the stones should betray us*»³⁰. El clero no solamente ejercerá un dominio *absoluto* sobre la gente del pueblo sino que osará introducirse en las familias provocando hasta la delación y el enfrentamiento entre sus mismos miembros³¹. Hasta el punto de que la confesión se convirtió en un acto de delación de cuentas consecuencias que llevará al autor, con manifiesto anticlericalismo, a acusar de hipócritas o villanos a cuantos practicaban el sacramento³².

La más dura persecución de liberales y masones dio comienzo en 1814 para prolongarse durante los seis años siguientes, en el período del Sexenio absoluto. Las ideas eran perseguidas por la Inquisición de la forma más curiosa y variopinta, con el objetivo de erradicar todo cuanto sonara a libertad o a mínima novedad procedente del extranjero. Y como botón de muestra de ello se refiere en la novela el caso del viajero que, procedente de Inglaterra, portaba entre sus libros el de *Elegant Extracts* (en cuyo título de página se decía *selected for the improvement of young persons*), pero que fue rechazado por el cura comisionado de la Inquisición porque, al comparar aquél con los del *Index expurgatorius* supuso que se debía a una obra prohibida del inglés, y fueron vanos los intentos de hacerle ver que se trataba sólo de una obra de materiales diversos desti-

29. *Ibidem* II, 252.

30. *Ibidem* I, 267.

31. *Ibidem* I, 267 («Such is the absolute dominion of the clergy over the minds of the generality of people, that in our own houses dare not trust our thoughts, even to our wives, children, or brothers, those monsters having succeeded in dissolving the social ties which bind the hearts of the nearest relatives, by inspiring them with the horrible beliefs that they perform a religious duty in betraying each other»).

32. *Ibidem* I, 277 («Thus every individual in Spain who attends the confessional (and woe to him that does not) must necessarily be a hypocrite or a villain. He must betray his dearest friends, or the principles of the religion by committing the sacrilege of communing with his God, without having first made a competent confession»).

nados a *jóvenes*, pues el fraile con la pertinacia propia del ignorante seguía diciendo que el libro decía *young* y que ello era suficiente para él³³.

Pero en la naturaleza humana —y con tales palabras comienza el segundo volumen de *Sandoval*— mientras un disgusto grave podía producir la inacción en los hombres maduros no sucedía así en los jóvenes que a menudo podían encontrar en la contrariedad una fuente de ardor y perseverancia. «*In manhood —señalará— a severe disappointment will often produce inaction; in youth, on the contrary, the momentary depression which it causes is generally followed by restlessness and activity, because prudence, which frequently chills the ardour of maturity, is not numbered among its attributes*»³⁴. Aparte de que ante el clero y la reacción todos eran liberales, jacobinos, masones e infieles y, aunque no lo fueran, actuaban en su propia defensa como si lo fueran ante la persecución: «*All are liberals, jacobins, freemasons, infidels and the like, who do not fill panches when called upon to do so*»³⁵.

En *Sandoval*, Llanos no pretende demostrar que la Constitución de Cádiz encontró siempre un eco favorable entre las gentes honradas. El, también como el que más, sabía muy bien que la realidad no fue así. De esta forma presenta en la novela el caso del tío Hipólito, quien, al igual que «muchos otros campesinos honestos de esa época» no comprendía ni le gustaba tampoco la palabra Constitución, «sin conocer por qué, aunque, evidentemente, había sido inclinado a odiar ésta antes de haber encontrado una oportunidad de darse cuenta de sus ventajas, «*which its existence could not have failed to produce to his industrious class, muttered something against it*»³⁶. Más claramente sin embargo éstas últimas clases así como cuantos artesanos y desocupados llenaban las calles de pueblos y ciudades apoyaban el espíritu patriótico que suponía la Constitución³⁷.

Frente a ello, lo que el clero pretendía era la constitución de un estado monástico incompatible con la nueva realidad y desde luego con el espíritu de la Constitución. En la novela ello se pone de relieve en un sermón predicado por el malvado P. Lobo sobre la perfección de la vida para el logro de la salvación³⁸. En él hablaba de las ventajas del estado monástico y de la felicidad de las almas inocentes resueltas a abandonar la riqueza y los placeres del mundo por la soledad del claustro mientras

33. *Ibidem* I, 310.

34. *Ibidem* II, 1.

35. *Ibidem* II, 31.

36. *Ibidem* II, 38.

37. *Ibidem* II, 130 («In their progress to it, a multitude of idle people, who are always to be met about the streets in the towns of Spain, and artisans, who do not hesitate an instant in quitting their work to attend a pious exhibition, or who, like the former, are always ready to go wherever pleasure or curiosity is to be gratified, collected around the carriages, and followed in the rear»).

38. *Ibidem* II, 132.

en su mente —con la conversión de Gabriela en una monja— se ocultaban otros pensamientos. Y en nota aparte el autor de la novela señalaba que el tal sermón del fraile se correspondía casi palabra por palabra al de un sermón predicado por un monje cuando una joven conocida de él había tomado el velo³⁹.

LAS LOGIAS DURANTE EL SEXENIO

Con la restauración del más fiero absolutismo a la vuelta a España del rey Fernando las asociaciones masónicas se robustecieron por toda la geografía peninsular. En sus peregrinaciones por ésta liberales y masones encontraron apoyo y asistencia a pesar de la persecución. Así fue por ejemplo, como Sandoval, a su paso por Oviedo formó *the closest intimacy* con la familia Riego, con don Eugenio Antonio y sus dos hijos, Miguel y Rafael, todos ellos abogados de la libertad y de la verdad⁴⁰. De la misma manera que a los frecuentes arrestos —y en la novela se describe con puntualidad el de Porlier⁴¹— sucedía la mayor intimidad entre los mismos fugitivos, los más de ellos partidarios del «espíritu patriótico» de las asociaciones masónicas. Tal fue el caso de Sandoval, quien, cuando finalmente regresó a Madrid —después de haber querido encontrarse con Gabriela en el convento, según la línea argumental de la novela— se hallaba conectado con sus compañeros (*comrades*) por una «similarity of principles and the ties of masonic confraternity». Y en ellos encontró una recepción cordial, y el «*warmth and sincerity of his patriotism entitled him to expect*»⁴².

La logia que le recibió, y que se había establecido en Madrid unos meses antes, se había convertido en el gran *nucleus of Spanish Freemasonry*, y había recibido ya las amenazas de sus enemigos. Así un fraile secular que habitaba la casa donde se celebraban las reuniones la había denunciado a la policía pero aunque los papeles fueron incautados, éstos resultaron poco comprometedores y sus consecuencias no del todo irreparables. Con todo se detuvo a varios miembros de la Asociación y, entre ellos, a su presidente don Domingo de la Vega, que sufrió «horriblemente». Hecho que, naturalmente, alarmó a los otros miembros de la sociedad, paralizando sus labores. Tal era la situación de la logia cuando Sandoval llegó a Madrid⁴³.

Dentro de la logia el primer empeño de Sandoval fue el de urgir a

39. *Ibidem* II, 133.

40. *Ibidem* II, 232-243.

41. *Ibidem* II, 325-331.

42. *Ibidem* II, 369.

43. *Ibidem* II, 370.

su inmediata organización, encargándose personalmente de varias comisiones importantes que le obligaron a ausentarse de la capital por semanas. Con sus viajes pretendía establecer logias donde era posible y encontraba un *thought proper*; y para ello iba provisto con buenas recomendaciones para algunos de los habitantes principales que, o pertenecían a la sociedad o eran conocidos como hombres de principios liberales⁴⁴. Su misión consistía en palpar y sentir su *ground with caution and sagacity*, buscando personas a quien el secreto pudiera confiarse y, después, convocar con toda la precaución imaginable a algunos de los principales a una reunión que invariablemente se abría con los trabajos y formalidades comunes a las logias del primer rango. A continuación éstas iban seguidas de un discurso más o menos animado, atrevido o misterioso, de acuerdo con lo que él juzgaba prudente y que preparaba la audiencia en que se juraba solemnemente no revelar el secreto. Nunca habría de revelarse que tal reunión había tenido lugar, y nada que hubiera sido dicho aunque algún miembro estuviera en desacuerdo con ello. Y, una vez tomado el juramento, procedía a dar una relación del establecimiento de este nuevo *masonic institute*, de sus estatutos, reglas, etc..., pero teniendo buen cuidado de no decir ni insinuar jamás el lugar en que aquél insistía ni los hombres que lo componían. Cada uno de los que atendían a las reuniones, por su parte, era libre de tomar el juramento de adhesión, entre cuyas varias cláusulas había una que implicaba *an irreconcilable hatred to tyranny*. Igualmente —según se señalaba en la novela en una nota— una palabra especialmente usada por los masones españoles para expresar la admisión e iniciación de miembros, su organización en logias etc. era la de REGENERACION, «*which was thought of ifself sufficient to predispose the mind of the elect in favour of liberty*»⁴⁵.

Entre las reglas que constituían la nueva asociación se tomaba igualmente buen cuidado en prohibir la introducción de asuntos políticos en sus procedimientos. El objeto de dicha prohibición —se decía en la novela— era, sin embargo, más bien por prevenirse de la perfidia de los espías que podían infiltrarse en la sociedad que por reducir las mentes de sus miembros a las formas de una pura liturgia. La sociedad guardaba con el mayor cuidado la admisión de los nuevos miembros y Sandoval, consciente de que de ello dependía la suerte de sus afiliados, era escrupuloso en la mayor medida «siendo proporcionales las preocupaciones que él observaba a este respecto al estado de la nación y naturaleza de su gobierno»⁴⁶. En un país, por otra parte, donde la religión —según el autor de la novela— era *an engine of political persecution*, y donde sus ministros poseían el más absoluto dominio sobre las mentes de la generalidad del pueblo, los liberales nunca serían demasiado cautos en las medidas que ellos adopta-

44. *Ibidem* II, 370.

45. *Ibidem* II, 372.

46. *Ibidem* II, 372-3.

ban para incrementar sus miembros y ganar la fuerza necesaria para poner sus planes en práctica.

Algunos meses después de la disolución de la Logia de Madrid —se detalla también en la novela—, un patriota de nombre Beramendi formó el plan de establecer en Granada un Gran Oriente en orden a estrechar los lazos de unión entre los masones de la península y trabajar de acuerdo para el logro de su *gran* obra. En este caso —se señalaban— varias circunstancias favorecieron los primeros pasos hacia este proyecto. En primer lugar, el Marqués de Teba, un joven noble, bien conocido por sus principios liberales, indujo a su hermano el Conde del Montijo, en esa época capitán general de la provincia, a cooperar con él y sus amigos para establecer el Gran Oriente en esa ciudad. Y para este propósito era necesario obtener un conocimiento de todas las logias existentes en España y abrir una correspondencia con todas ellas, lo que consiguieron hacer por la prontitud con que todas entraron en el plan, así que en unos pocos meses después el Gran Oriente estaba establecido en la forma debida. Sus principales miembros que venían a constituirlo eran don Carlos Beramendi, el Marqués de Campoverde, don José González (que actuaba de secretario), el Conde del Montijo, el Marqués de Teba, don Facundo Infante y varios otros distinguidos personajes. Pero había otro individuo cuya cooperación, según se señalaba, añadía gran crédito y fuerza al partido: don Juan O'Donoju, quien había obtenido los más altos grados y reputación durante el tiempo de la Constitución aunque a la vuelta de Fernando se había adherido al *partido real*⁴⁷.

La formación de esta sociedad del Gran Oriente consistió en el establecimiento de una *autoridad masónica* puramente nacional, con todos los departamentos necesarios y secciones para dirigir los esfuerzos individuales de los patriotas hacia el mismo gran fin. De aquí que, según se decía en la novela, pronto se convirtió en un punto de unión con el partido que hasta entonces permanecía disperso «sin orden, regularidad, fuerza o confraternidad»⁴⁸. También sirvió de acicate a los de Madrid que seguían trabajando duro para reorganizarse hasta convertirse, de nuevo, la logia de la capital en el centro de la comunicación mientras la de Granada permanecía con los masones de las dos Andalucías, según se decía textualmente en la novela.

Por entonces un desafortunado incidente obligó a la de Granada a renunciar a la dirección de sus afiliados en favor de Madrid. Y según la novela, como los particulares de este asunto están en gran medida conectados con las futuras operaciones e historia de Sandoval y como, además, «son románticos en sí mismos» (*They are romantic in themselves*), podían dar muy bien una «excelente idea de esta época y del carácter sanguinario

47. *Ibidem* II, 375.

48. *Ibidem* II, 375.

de Fernando y sus amigos», el autor se decidía a narrarlos por completo aun a riesgo de introducir la historia en la ficción novelesca. Aquella la protagonizaba el coronel don Juan Van Hallen, presidente de la logia establecida en Murcia bajo los inmediatos auspicios de la de Granada. El coronel era un hombre que si no sobrado de prudencia tenía la suficiente destreza como para llenar satisfactoriamente el puesto asegurado a él por la sociedad. Con estos precedentes, en un viaje a Ronda entró en conocimiento con un hombre llamado don Antonio Calvo que se presentaba como liberal pero que de hecho sólo era un espía y aunque no masón de iniciación, llegó a saber por indiscreción de Van Hallen más de lo que era prudente que conociera; y tan pronto como el coronel volvió a Murcia, el traidor dio cuenta a las autoridades eclesiásticas de Granada de todo cuanto él sabía y cuanto su propia imaginación le hizo sospechar⁴⁹. Por su parte, el *partido clerical*, tomando la información con ansiedad, ordenó a Calvo que se trasladara a Murcia en orden a descubrir más del secreto y obtener alguna evidencia o documento que aumentara la lista de víctimas. El resultado no fue otro que la caída en manos de la Inquisición de los papeles dejados por Van Hallen en Ronda y algunas cartas dadas a él por Calvo a su vuelta de Ronda, cuando su comisión había terminado, y que estaba dirigida a algunos de los masones de Granada.

La Inquisición entonces no perdió tiempo en arrestar a Van Hallen, arrojando a sus calabozos a todos los masones de Murcia y aquellos de Granada cuyos nombres se encontraban en las cartas de Van Hallen. Los documentos tomados en esta ocasión eran de la mayor importancia para la Sociedad, y de una naturaleza alarmante para el Gobierno, cuyos temores se acrecentaron aún más por algunas cartas del General Torrijos que, aunque sin firma, encontraron entre otros papeles tomados de Van Hallen⁵⁰.

Mientras el desgraciado Van Hallen permanecía en prisión —y en este punto de la novela la historia se dramatiza—, sus amigos masones de Madrid, conscientes de la situación peligrosa en que él estaba y temerosos de que, por la tortura, pudiera decir los secretos que poseía, poniendo en peligro su seguridad y la de cientos de sus amigos, se reunieron rápidamente para concertar algún plan con que liberar a las víctimas de las garras de sus enemigos. Y es en este punto cuando Sandoval, preocupado por la suerte de Van Hallen y sus amigos, es puesto en antecedente de lo que se tramaba por una bella damisela que, en su presencia musitó algunas *expresiones masónicas* que claramente indicaban que ella las había recibido por boca del mismo Van Hallen. Así, a través de la muchacha, Sandoval supo cómo le iban las cosas al prisionero, teniendo noticias de

49. *Ibidem* II, 377.

50. *Ibidem* II, 378.

su salud y lugar donde se encontraba..., al tiempo que extremaba su precaución⁵¹.

ORTO Y OCASO DE LA LIBERTAD

El tercer volumen de *Sandoval* se inicia con la llegada a Bayona del protagonista y de Van Hallen, tras la liberación de éste. Para entonces, tras el triunfo de los liberales con el pronunciamiento de Riego, habían sido mayores los progresos de la *asociación masónica* especialmente desde que, a consecuencia de los hechos de Granada, la *autoridad masónica* fue transferida a Madrid, aumentando la esfera de su influencia. Objetivo fundamental de la Asociación desde aquel momento fue obligar a Fernando a cumplir la promesa que había hecho ante los ojos del mundo y actuar como un hombre honesto, «tarea más que difícil»⁵².

Desde entonces la Sociedad recibió una forma «casi nueva». Se pensó dividir la Península en un cierto número de Departamentos, a cada uno de los cuales se le asignaba un *capítulo*, compuesto por personas escrupulosamente seleccionadas, y con un cierto rango en el orden. Dichos *capítulos* o *gobiernos provinciales* mantenían una interrelación directa con el de la capital y poseían muy amplias facultades. En ellos la palabra «conspiración» se usaba abiertamente (sin *cloak*) al igual que los planes para romper las cadenas del despotismo. Objetivo fundamental y apremiante era el de ganar adictos en el ejército: hombres de reputación, valor y empresa. A pesar de lo cual, había no obstante una gran pusilanimidad entre los individuos que componían la cabeza de la sociedad, con excepción naturalmente de Sandoval y de su amigo Anselmo⁵³. Por idea de éste, y tras el asunto de Van Hallen, se había decidido ya precisamente «establecer una mayor relación con los emigrantes que se encontraban en Inglaterra y Francia, y por sus medios obtener cuanta existencia externa pudiera necesitarse»⁵⁴.

Con estos antecedentes llegaba a Bayona Sandoval provisto de pasaporte con nombre falso mientras sobre su mente se acumulaban todo tipo de meditaciones. Y pensando particularmente sobre la estancia de su amada en el Convento, le venía la idea de que «*Religion, when pure and unsullied, may, perhaps, produce this miracle; but, when, as in him, it is tainted with fanaticism and absurdity, —when, blinded by the sophism of his confessor, he would not hesitate in sacrificing justice and humanity to what he would consider the glory of God*»⁵⁵. Pero por entonces la

51. *Ibidem* II, 410.

52. *Ibidem* III, 2.

53. *Ibidem* III, 4.

54. *Ibidem* III, 8.

55. *Ibidem* III, 10-11.

prudencia había que extremarla, pues hasta la misma persona comisionada por los emigrados de Londres y París en las fronteras de Cataluña resultó ser un espía impostor⁵⁶.

En los años previos a la proclamación por fin de la libertad constitucional en 1820 la gran tarea por parte de las sociedades consistía en la busca de un hombre que diera el *grito de libertad*, y que uniera la reputación establecida de un buen soldado al carácter de «un amante de su país». Lacy, según la novela, hubiera sido el hombre que reunía ambos requisitos, pero el infortunado general fue víctima de su patriotismo (y lo mismo Lacy que Richard eran miembros además de la Sociedad). Otro fue el heroico coronel Vidal, que residía en Valencia, y que, siendo también un miembro de la Sociedad, estaba en correspondencia con los patriotas de Madrid⁵⁷. Pero la suerte haría que fuera Riego quien, en enero de 1820, diera el ansiado grito y proclamara la libertad. En 1820 termina pues la novela, después de que su protagonista —tras su viaje de Madrid a Cádiz y las incidencias del capítulo masónico de dicha ciudad— viera coronados sus esfuerzos con el éxito, pudiera abrazar a su padre (restaurado por la revolución a su país y a sus bienes) y recibiera el gobierno militar de su nativa Rioja.

El triunfo de la libertad, empero, duró poco, y tras un trienio de Constitución, aquélla terminó en el más estrepitoso fracaso, y con ella la salida de España de sus principales sostenedores. El mismo Riego fue víctima de su osadía y ejecutado ante la vista de los madrileños que en 1820 habían voceado con entusiasmo la misma palabra. En Londres, a partir de 1823, hallaron acogida muchos de los correligionarios de Sandoval, y entre ellos el mismo autor de esta novela autobiográfica que vio la luz en 1826 en lengua inglesa. Y la obra, escrita en tres voluminosos tomos, no pasó desapercibida. De nuevo Blanco White arremetió contra su autor y contra su novela⁵⁸, manteniéndose tozuda y erróneamente en su idea anterior (de cuando criticó *Don Esteban*) de que la obra se debía a más de un autor, a una «compañía por acciones» dirá en su nueva reseña. Blanco arremete contra el argumento de este héroe masón y la tesis de la novela, al tiempo que se erige en defensor de la moderación frente a un lenguaje exaltado que, en su opinión, a todos perjudicaba. Y condenaba el que hubiera conspiraciones por todos sitios, y el que se fomentara el odio entre españoles. Personalmente creía que la propaganda que una novela como la de *Sandoval* podía ejercer en España era sencillamente fatal, al tiempo que recordaba su época de Madrid cuando era enorme la voracidad con que los más improbables reportajes eran recibidos donde no había real libertad de comunicación mental. Juzgando dura-

56. *Ibidem* III, 42.

57. *Ibidem* III, 45.

58. En «Quarterly Review», núm. 68 (septiembre, 1826), pp. 488-506.

mente como un típico doceañista todos los excesos cometidos por los *new men* de 1820, Blanco, criticando particularmente una serie de pasajes de la novela, condena sin miramientos lo mismo el espíritu de aquellas sociedades como el carácter de los escritores a quienes aquéllas, a su juicio, empleaban. Evidentemente aquella historia verosímil de *Sandoval or the Freemason* tenía que suscitar fuerte controversia por cuanto en sus páginas se bosquejaba de forma muy especial la reciente historia de España.